

LA MUERTE EN EL SEGUNDO ACTO

Cristal Matos Corporán

Era otro miércoles más, en la misma calle de siempre. Como siempre estaba sentado junto al ventanal que quedaba frente al Gran Teatro, el que tantas historias me ha contado. Wania, la mesera de cincuenta y dos años, según sus manos, se acercaba con sus pasos en perfecta ritmo. ¡Adoraba su sincronización! Tenía roto el lente izquierdo de sus anteojos. No obstante tras aquellos lentes viejos, se encontraban unos ojos que habían sido testigos principales de una hermosa historia que ya había terminado. ¿A dónde irían a parar los personajes de los cuentos de hadas cuando culmina la historia? Siempre me lo pregunté. Hasta que conocí a Wania, comprendí que iban a parar a un café con algún nombre romántico en una calle cualquiera del viejo París.

Junto a mi taza caliente, una sonrisa suave, Wania me entregó el periódico. Ya no me sorprendía la poca creatividad de los periodistas al dejar pasar por alto los detalles claves de los sucesos que reportaban. A estas alturas de mi vida, me era muy fácil distinguir las noticias retocadas. Sentía lástima por esos mediocres escritores que quieren convertir la realidad en una fantasía. Mas tengo que aceptar que aquella mañana hubo una noticia de un reciente escritor que atrapó mi atención:

“La muerte en el segundo acto”

Por: Franco Zidane

Lola Tino, la famosa bailarina de ballet, fue asesinada en el segundo acto de *La Bella Durmiente, Ballet*. Lola Tino interpretaba al personaje principal Aurora, la bella durmiente.

El teatro se tornó de un lugar mágico a macabro cuando el Príncipe Désiré, interpretado por Luca Bertona, besó delicadamente a Lola y ella nunca despertó, como obra de la malvada bruja Carabosse. Este es el segundo crimen llevado a cabo dentro de un teatro en el transcurso de una obra. Pues fue hace menos de un año cuando la famosa actriz y cantante de ópera Melli Schivardi fue asesinada cruelmente mientras interpretaba a Lady Macbeth. La policía ha estado renuente de dar explicaciones sobre dichos crímenes, y de revelar la identidad de los posibles sospechosos. Al parecer la policía está a oscuras, sin pista alguna. Sin duda, un peligroso asesino se encuentra aterrorizando al arte clásico y a quienes disfrutan de él.

¿Un asesino del arte? ¿A quién se le puede ocurrir? Cerré el periódico incómodo por la noticia. Fue entonces cuando ese miércoles tan predecible, de pronto me sorprendió. Son esos momentos inesperados de la vida los que más se gozan o más se sufren. El suspenso de la cotidianidad nos reta con la espera del evento desconocido. Desde el ventanal de cristal, sentado en la misma mesa de siempre, la vi. La reconocí al instante, ni por un segundo dudé. Era ella doce años después. Parada frente a los escalones del Gran Teatro. A mi mente llegó el inevitable recuerdo.

Era sábado en la noche de invierno, hace pocos minutos había culminado el espectáculo. Su madre, con su abundante cabello negro, la sostenía de la mano. Ella, con sus zapatos rosas pálido, trató de subirse a la punta de sus pies de niña de ocho años, logrando un torpe balance. Una pose inocente y hermosa. Ella parecía estar muy emocionada después de haber visto la obra de ballet, El Cascanueces. Aunque podría asegurar que por lo despeinado

que llevaba su cabello, la mitad de la pieza había estado durmiendo en la falda de su mamá. Ver la gracia de sus torpes pasos imitando a una bailarina de ballet sin percatarme me erizó la piel y en mi rostro tenía dibujando una sonrisa mojada. Ella era mi Gabriella.

Gabriella hablaba muy emocionada con otras dos jóvenes, minutos después miró el reloj y entraron al Gran Teatro. Ahí estaba de nuevo ante mis ojos aquella figura hoy toda una mujer. ¿Por qué ahora? ¿Por qué hoy? ¿Por qué irrumpes en mi vida, haciéndome sentir tan frágil, tan ansioso de una mirada, y desesperadamente angustiado por NO volverte a ver jamás? Me pregunto, ¿Cuánto sufriría si no la volviera a ver? Pero, ¿Qué pasaría si me acerco, si me aprendo la letra de su canción favorita y en momentos de soledad me sorprendo tarareándola? Es más el pavor a perderla, que este sentimiento atrevido de quererla.

La vi adentrándose por las puertas del teatro. ¡No pude resistirme! Mi corazón latía desbocado. Atravesé corriendo la carretera agitado y ya cansado (pues estas canas no son simplemente una manifestación estética). Logré subir las escaleras, y me topé con un cartelón que anunciaba los ensayos de una obra. Gabriella era hoy toda una bailarina de ballet. Su cuerpo hablaría de ella, sería una expedición a través de sus movimientos. La idea me llenó de regocijo, del placer de lo que sucedería desde hoy.

Esa noche la vi en mis sueños. Vi sus pies desnudos en la tercera posición básica de ballet. Su musculatura ya estaba preparada para dejar atrás la barra de metal. La imagen que se reflejaba en el enorme salón de espejos, era la figura más perfecta que jamás había podido observar. Gabriella bailaba la quinta sinfonía de Beethoven, con sus pasos complejos y saltos sobre puntas. La sinfonía la había atrapado, el piano y los violines parecían estar dentro de

ella. Sus pasos me erguían los vellos la piel, quería poseer la música que la deleitaba, la música que rompía las barreras que definía su cuerpo. Temí, que alguien me robara la melodía que emanaba de su cuerpo. Por ello me aproxime a su espacio. Mis manos rodearon su cuello hasta que la música se detuvo y yo desperté.

Desde aquel miércoles cualquiera donde concebí el milagro de volver a sentir, dediqué mis momentos a estudiarla a través de sus frases, movimientos, micro expresiones, de dibujos con tinta que hacía en las noches de ella con algún bolígrafo. Cuando la veo hablar o caminar, sus gestos me seducen, me hipnotizan... me transforman. No obstante una y otra vez la misma pesadilla me aterrorizaba en el dormir (en ocasiones causándome placer). Desde que las pesadillas empezaron había comenzado a tomar café negro. Necesitaba estar alerta.

Una tarde de verano la vi salir del ensayo, cruzó la calle y entró buscándome al café. Mis manos sudaron, incluso temblé. ¡Sus ojos olivo se toparon con los míos! Me había descubierto. Sabía que llevaba meses siguiéndola, que me ingeniaba para estar cerca de ella, para poder oler su perfume. Lo había descubierto todo, sabía mi pasado, sabía porque yo estaba allí siempre desde aquel miércoles, observándola, conocía mis intenciones, sabía de lo que era capaz. Y lo peor era que estaba allí para confrontarme, no me temía.

De pronto, esbozo una sonrisa. Su búsqueda había terminado. Dio unos cuantos pasos y sin llegar hasta mi, se sentó en una mesa. Allí él la esperaba. Él vestía de negro por completo. Me era familiar, pero desconocía donde lo había visto, seguramente no fue en ningún lugar decente. Mi Gabriella se veía muy feliz mostrando su dentadura. Aparentemente se conocían de antes. Él se acercó a su rostro y le susurró un secreto junto al

oído. Él cerró sus ojos para poder respirar el olor de Gabriella, como lo hace cualquier depredador con su presa. Los dos, al despegarse se rieron, parecía haber recordado cosas que ya habían pasado y que posiblemente volverían a ocurrir. Llamaron a la mesera, él pidió un refresco y para ella un jugo de granada.

- ¿Cómo vas en tus ensayos?
- Todo ha sido tan rápido y tan emocionante. Esto es una experiencia que no voy a poder olvidar. Estoy totalmente entregada a la obra.
- Me alegra que estés disfrutando. Eres una gran bailarina, muy apasionada. –La mesera les sirvió el efervescente refresco y el jugo rojo sangre de granada para Gabriella. – ¿En qué momento fue que dejamos de comunicarnos? –Gabriella rió.
- Tus estabas demasiado involucrado en tus proyectos, y yo demasiado envuelta en el ballet. No había tiempo para nada más. Siempre han sido nuestras pasiones la prioridad y eso jamás nada lo hará cambiar. –él la miraba intrigado.
- ¿Me extrañas en tus noches? –Ella volvió a reír fuertemente. –No, no te rías. Contéstame. –El sonreía pícaramente.
- No.
- No te creo. Por favor, sé lo feliz que eras. Gabriella lo veo en tus ojos. –Ella guardó silencio por un instante.
- ¿Sigo siendo tu musa?
- Siempre lo serás, aunque después vengan otras. –Los dos rieron. Los labios de Gabriella había adoptado un rojo intenso por el jugo de granada.

Estuvieron platicando toda la tarde de tonterías. Fueron varias las ocasiones que sentí la necesidad de separarlos. Me dolía ver a mi Gabriella creer que se aproximaba a tierra firme, sin percatarse del abismo bajo sus pies. ¿Cómo puede creer en él, si de lejos puedo identificar que es una falacia? Él era tanto sólo un disfraz con las palabras correctas en los momentos oportunos, como un escritor. Sin embargo seguía siendo un disfraz, me lo dijeron sus ojos claros, casi transparentes, casi hermosos pero vacíos por la carencia de un alma capaz de identificar una caricia sincera, un “te quiero” que da vida. A partir de aquella tarde rosada la perfecta rutina de Gabriella daría un giro fatal.

Vi como sus noches se llenaron de paroxismo, la vi adentrarse en sus espacios, la vi dejar de ser mi Gabriella para ser parte de él. La vi seguir sus pasos entre los puentes que conectaban las edificaciones parisinas hasta el mismísimo Tártaro. Gabriella le regalaba sus secretos a su demoniaco depredador, y aclaro, no soy yo. Tonta Gabriella de tu vida solo ves una versión, el espectáculo sobre el escenario, no obstante desconoces lo que se esconde detrás del telón y quien te observa, quien ha velado tus pasos por más de diez meses, tu vehemente espectador. Mi Gabriella, en tus huellas ahora quedan rastros de sus huellas, en el aire que respiras ahora lo expulsa el olor de su almohada. Tú, mi completa Gabriella, llenaras algún día mis espacios vacíos, y borrarás de mi vida las cicatrices que no se ven. Algún día.

Aquella noche, como olvidarla. Frente a la entrada del Gran Teatro se encontraba una gran pancarta con la hermosa imagen de mi Gabriella, con su cabellera color almendra. Entre sus delgados cabellos, enroscadas flores rosas, azules y otras secas, muertas ya. Sus ojos verdes casi negros oprimiendo un tormento que repercutirá por la eternidad. En sus delicadas manos

sostenía una granada roja mordida. Y en el encabezado de la pancarta se leía: Perséfone, ballet. Mi Gabriella, esta noche ya no era más la niña que jugaba a ser bailarina, ya no era una amante, ya no era una amiga, simplemente bajo aquella luna encarnaba a Perséfone.

El telón se abrió. Era el rostro de Gabriella, era su cuerpo el que las luces iluminaba, pero quien danzaba, quien estiraba su anatomía y hacía movimientos complicados y prodigiosos de brazos y piernas. Aquella muñeca que danzaba, quien parecía incluso no pertenecer a la realidad, no era mi Gabriella. La pasión con la que bailaba me obligaba a estar muy atento, no quería perderme ningún detalle, cada paso perfectamente estructurado. A pesar de conocer la historia griega, algo no era igual.

Mi piel se erizó y una sonrisa mojada por una lágrima en mí se formó al ver como de una grieta Hades salió y a mi Gabriella hasta el inframundo se la llevó. Allí ella se tornó oscura y distinta, sus pasos dejaban huellas negras en el escenario y su mirada... su mirada, yo sentía que me tocaba, pero las luces del teatro le impedían que viera con el fervor que yo la admiraba. Gabriella era una gran bailarina, asumí (evitando la verdad) pues el fervor de sus pasos me hizo sentir en el inframundo. No sé en qué momento exacto, pero me sentí inquieto. El escenario se cubrió de neblina y de un momento a otro mi Gabriella cayó al suelo. La música continuó, no entendía que estaba pasando. Una lágrima corrió ligeramente su maquillaje. Su garganta se había tensado y por más que trataba de abrir la boca no podía, el aire no llegaba a su cuerpo. Todos seguían danzando a su alrededor.

No recordaba haber visto esa escena. Gabriella, con su cuerpo de mármol, con su rostro de diosa de los infiernos, pasó de ser mi obsesión a ser Perséfone, y de Perséfone una

muñeca fría con zapatos de bailarina. Por casualidad reconocí al hombre de quien Gabriella se había enamorado sentado un poco más al frente deleitado con el espectáculo. Una bailarina se había perdido en la coreografía observando preocupada a mi Gabriella, y fue justo cuando comprendí, con el grito aterrorizado de ella, lo que estaba sucediendo. La música cesó (tal como en mis sueños) y los bailarines se detuvieron. El telón se corrió de prisa. Me levanté de mi asiento y se me tropecé con ella, la mujer de cabellera negra y abundante, la que llevaba a Gabriella de la mano la lejana noche de invierno. Nos reconocimos al instante. Seguía siendo muy hermosa, y como siempre, a pocas pulgadas de su esposo, por el cual nunca, nunca me miró como YO NECESITABA QUE LO HICIERA. Dentro de mí escuche nuevamente su voz, de la última vez que me atreví a acercarme.

- ¿Por qué has cambiado tanto? Tú que siempre fuiste mi amigo, hoy eres... tan distinto.
- Porque tú me enseñaste que tengo que observar muy bien, para no confundirme y ver tan solo las falacias que las personas hacen de sí mismas. Yo necesito siempre saber la verdad, para nunca morir de una desilusión.

Horrorizado escapé del teatro. Esta vez la historia tendría otro final. Mi Gabriella jamás despertaría, ella jamás volvería de ese mundo. No podría completarse el tercer acto, esta vez Perséfone no renacería. Esta vez mi mejor amiga, la pasión de mi vida sufriría, pero yo no pude hacerlo. No fui yo quien la lastimó, nunca me atreví a acercarme y dañar a Gabriella, aunque lo deseé con vehemencia.

Llegué a mi apartamento, tropecé con una pila de periódicos viejos. Lloré por minutos sobre ellos. Y ahí estaba de nuevo el periódico de aquel miércoles cualquiera. Sequé mis lágrimas y lo abrí. “La muerte en el segundo acto” por Franco Zidane. Empecé a reírme a carcajadas, todo este tiempo había sido un tonto. Había tenido la respuesta ante mí y no vi el detalle, la preposición, que revelaba toda la verdad. Franco Zidane era él, de quien mi Gabriella se había enamorado.

Me levanté un poco atolondrado, busque información acerca del periodista. Leí todos los premios que había tenido dentro del campo de la literatura. Una de sus profesoras de periodismo asevero en un artículo que anunciaba el nacimiento de un gran escritor:

“Zidane es un excelente escritor. Admiro la pasión con la que escribe. Me atrevo incluso hasta asegurar que su pasión por la ficción acapara y sobrepasa los límites de su realidad”.

Seguí leyendo y mi búsqueda culminó, o simplemente había encontrado al culpable perfecto del crimen que yo jamás me hubiese podido perdonar, al leer: Franco Zidane autor del libro Crímenes Impecables.